

Alberto SATO

Distinguido rector, señores decanos y demás miembros del Consejo Universitario, autoridades de la Universidad Central de Venezuela, colegas y respetables invitados.

Exponer ante ustedes la contribución de Juan Pedro Posani a la cultura venezolana, a la arquitectura y a nuestra universidad, es una responsabilidad que me honra. La dignidad de este acto exige sustraerse del insufrible panegírico o del reductivo epifonema laudatorio, porque poco favorecen la comprensión de los alcances de la tarea de un compañero y amigo.

La Universidad Central de Venezuela honra con este máximo reconocimiento a un intelectual de acción, luchador de cien batallas culturales, quien al lado de Carlos Raúl Villanueva ha realizado buena parte de este extraordinario recinto que nos alberga. Si la obra humana es observada como su extensión prostética, inadvertidamente, sabemos de Posani porque lo habitamos.

Así, por amigo, por protagonista y por habitado, trataré de sustraerlo de este cotidiano y exponer ante ustedes una dimensión de su figura para reflexionar acerca del significado social de un quehacer. La

universidad venezolana, en su papel y propósito de productora de saberes, formador de conciencia cívica y reserva moral, expone en este acto una valiosa referencia: la de producir conocimientos con sentido y dar sentido al conocimiento.

Si duda, no es el reconocimiento a una labor profesional, es algo más caro a los fines de la universidad, es el reconocimiento a una tarea disciplinar que ha colocado en el pensamiento nacional e internacional, a una arquitectura que en nuestro país, a la vista de cualquier ciudadano, pareciera tener mayor duración y vigencia que las mismas edificaciones. Se trata de una construcción teórica e histórica, de edificar una noción de arquitectura que aspira a reconocer a Venezuela como el locus de la operación arquitectónica y a la sociedad venezolana como destinataria de ámbitos físicos que permitan desarrollar sus mejores atributos.

Medio siglo comprometido con una pasión y un objeto: la arquitectura. Disciplina que en Venezuela ha dado muestras inequívocas de que produce, además de edificios, valores, y Posani ha dedicado sus mejores esfuerzos a esto último. La escritura construida al calor de la proyección de una arquitectura que intenta

DOCTORADO HONORIS CAUSA

AL PROFESOR JUAN PEDRO POSANI.

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

DISCURSO DE ORDEN

VARIOS

combatir su propio descrédito, el persistente reclamo por la degradación arquitectónica, que es en definitiva la degradación de un valor, sus combates por una cultura humanista, orientan la lectura hacia una construcción teórica destinada a transformar el pequeño mundo instalado en estas coordenadas equinociales.

Así, su historia crítica es operativa, instrumental, que el rigor de la academia no demoró en debatir. En efecto, instrumentar a la historia, hacer de la crítica una herramienta operativa que conduzca a la transformación del presente, dibujar con una lectura de lo acontecido la imagen del futuro, invita a la polémica, pero al calor de ella se aprende y se enseña, se enriquece el discurso, se adquiere mayor espesor intelectual, en ella se mantiene una vigilia, no la de los ojos abiertos, como decía el poeta, sino la vigilia de la conciencia crítica que invita creativamente al disenso y a la confrontación. Algunos confundieron el intento, otros, los más, se han puesto a estudiar y pensar, logrando salir del perverso círculo de la adhesión mecánica o del automático rechazo. Esta apuesta por una cultura cívica se ha gestado lenta y tenazmente en un ambiente que ofrecía condiciones de vida más

confortables. En efecto, interrogar, cuestionar, reflexionar no era tarea necesaria ni cómoda en el optimista escenario arquitectónico de la modernización venezolana. Por ello es inevitable asociar la mirada histórico-crítica de Posani con una mirada hacia su historia personal: la inmigración de la segunda posguerra, la búsqueda de paz y alimento, la paz de la democracia y el alimento de un país generoso y abundante. Venezuela era ese paraíso encontrado donde todo estaba en construcción, al decir de Alejo Carpentier, máquinas excavadoras, mezcladoras, cemento, paraíso de constructores y arquitectos, como si ellos fueran única expresión de modernización y progreso.

Con un pequeño morral de saberes sobre la arquitectura y su historia, Posani se instala, adolescente, en una ciudad fantástica y a la vez campesina, en una ciudad que vivía la paradoja de su construcción y su demolición, que exorcizaba violentamente su pasado en aras del progreso, que lloraba una pérdida mientras saboreaba una presa de lo perdido. En esa vorágine urbana, encontró en Carlos Raúl Villanueva el estimulante lugar de la lectura y la reflexión, del dibujo y la construcción, donde los hechos arquitectóni-

cos ocurrían casi al vertiginoso ritmo que las pulsaciones nerviosas del pensamiento, alimentando la fe de que teoría y práctica podían salvar su histórica dicotomía. En efecto, cada metro cuadrado de arquitectura se acompañaba de su correspondiente centimetrado de escritura. Lecturas de Croce, Gramsci, Banfi, Pagano, Persico, Zevi, Rogers, lecturas italianas cribadas por un proyecto social y por una fenomenología que permitían explicaciones, pero señalaban caminos de la acción proyectual.

Escrituras y palabras, dibujos y proyectos, permitieron conformar la idea de un mundo posible: para ello habría que agitar las conciencias, hacer la propaganda con la escritura. Así, participa desde 1954 en la publicación de revistas, medio en apariencia más adecuado para la divulgación de la arquitectura.

A-Hombre y Expresión fue la primera publicación venezolana. Desde allí construye su diálogo con el historiador y crítico Bruno Zevi, que quedará registrado en el célebre texto «Saber ver la arquitectura». Un par de años antes, Zevi era leído por Posani, Posani oído por Villanueva y Villanueva atendía a Zevi: en buena medida, el resultado de esta relación trilogía fue el extraordinario conjunto de la segunda etapa de la Ciudad Universitaria. Nada más estimulante ni nada que alimentara más la certeza de que la teoría y la crítica eran inseparables de la acción proyectual. De este modo, todas las publicaciones especializadas del país fueron su tribuna: Cruz del Sur, Integral, Punto, SVA, cuya corta duración y permanencia contrastan

con la larga duración de una tarea que sobrevive a los episodios editoriales. Quizás y asumiendo esta realidad, encontró en el ritmo de las efímeras páginas de la prensa el medio más apropiado para el debate caliente, para el diálogo y la propaganda, una suerte de Propaganda Fide. Así, en un entorno donde edificios y publicaciones resultan transitorios, su tarea crítica didáctica ha sido continua y persistente, agujoneando la tranquilidad de una profesión que disfruta de la eterna siesta petrolera. Durante cuarenta años de docencia y cincuenta de escrituras, y con seguridad mañana, insiste una y otra vez en una arquitectura sesgada por la búsqueda de autenticidad e identidad. Se podría afirmar que encuentra en la rapsodidad periodística a su modelo. «...Más la continuidad y la puntualidad de la polémica [...] La crítica como intervención en profundidad se ve sustituida por un proceso crítico ininterrumpido, válido globalmente, más allá de las contradicciones en las que incurrirá durante su evolución [...] el campo de la crítica tendrá que experimentar un salto de escala: del análisis del objeto tendrá que pasar a la crítica de los contextos globales que condicionan su configuración». Este procedimiento descrito por el historiador Manfredo Tafuri, parece ajustarse a la escritura de Posani y sacude las certezas de estudiosos y especialistas porque se agita en la cotidianidad de los acontecimientos arquitectónicos.

Si bien el pensamiento de Bruno Zevi corre axiológicamente su discurso, las circunstancias se encargarán de modificar puntos de vista y criterios, que en algu-

nos producen cierto escándalo y en otros la sabia comprensión del valor de la crítica para orientar la acción proyectual. Es este aspecto el que separa a su crítica operativa de la tradicional complicidad entre el proyecto y la historia, puesto que en el fondo no coloca a nuestro pasado para justificar un frágil presente, sino más bien asienta las bases de una proyectación que atienda pobreza del cuerpo y del alma, articulando las necesidades humanas con las condiciones del medio ambiente, la riqueza de la herencia con la disponibilidad tecnológica del presente. Vittorio Strada entendía la transformación del mundo en la filosofía de la praxis: «... a partir de una interpretación transformada del mismo, y por lo tanto la transformación sería en primer lugar interpretativa». Así, transitar los hechos, cribarlos con el patrón de la autenticidad y del mejoramiento de la calidad de vida, de la pertinencia posible con los rasgos del lugar, de la identidad caribe, es una forma de construir un gran relato del cuerpo social, y es una interpretación sobre cuyas bases Posani establece su modelo crítico. Pensamiento y acción germinaron en una construcción, la construcción de la única historia de la arquitectura moderna venezolana, escrita en 1967, resultado del mismo procedimiento periodístico de coyuntura, como una acción circunstancial y celebratoria cuatricentenaria pero pacientemente construida durante días y años de diálogo con los estudiantes, profesores y profesionales de la arquitectura. La historia escrita en aquel entonces no se repetirá, hoy serán otros textos des-

tinados a otras batallas, pero todas ellas abastecen su estrategia civilizatoria.

La crítica de Posani se propone construir las condiciones de la arquitectura, como manifestación de una voluntad fundacional, en un proyecto civilizacional, al decir de Carrera Damas. Así, la aspiración por re-colonizar el territorio de las ideas, borrando las huellas de la implantación cultural metropolitana, exige la determinación de un nuevo estatuto de difícil construcción, que parece moverse en el escaso territorio del sentido común y de la sensatez. De este modo, la acción de Posani parece corresponder a un prolegómeno pero es, desnudamente, el lugar donde estamos colocados y por tal razón adquiere sentido y significado.

Estimados señores, esta tarea fundacional ya lleva casi cincuenta años y es justicia que en este día de celebración centenaria de Carlos Raúl Villanueva, la Universidad Central de Venezuela confiera el título de Doctor Honoris Causa como reconocimiento a su tesonera labor cultural, pero también y, sin duda, a aquello que su actividad representa: la producción de conocimientos, no sólo la de él, sino la que estimuló en todos nosotros. Éste es su valor.

Caracas, 29 de mayo de 2000.